



3

MORUENA ESTRÍNGANA

**SWEET
LOVE**

Erik y Summer

booket

Moruena Estríngana
Sweet Love. Erik y Summer
Serie Sweet Love 3

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Andrey Valerevich / Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2020

Déposito legal: B. 1.485-2020

ISBN: 978-84-08-22482-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

SUMMER

Entro en mi nuevo hogar emocionada ante esta aventura.

¡Estoy en la universidad!

Y sola, sin mis padres y mis hermanos. Los quiero mucho y seguramente esta euforia de vivir sola y ser independiente se termine cuando tenga que lidiar con todas las tareas de la casa y con la compra, y pase el tiempo suficiente para extrañar todas las cosas de mi familia que últimamente me ponían algo de los nervios. Sobre todo mi padre, que, al ser presentador de noticias y estar siempre al tanto de los sucesos de última hora y de lo que se cuece entre las modas de los más jóvenes y cómo les afectan, está obsesionado con vigilar mis movimientos y controlar si me meto donde no debo en el móvil o por internet.

Creo que mis padres están menos preparados que yo para mi etapa en la universidad.

Solo espero que no acaben encontrando excusas para venir todos los días a verme.

Ya tengo dieciocho años y deberían comprender que ya no soy una niña.

Miro a Dalia, la que será mi nueva compañera de piso. Lleva el pelo teñido de rosa a juego con las uñas y el pintalabios. Está claro cuál es su color favorito.

Es prima de Daura, amiga de Debbie y Neill. Cuando se enteraron de que vendría a su universidad hablaron con ella para ver si seguía sin encontrar a nadie que le enajara para compartir piso. Y así era. Es dos años mayor que yo y, aunque al mirarla tus ojos sufren por el exceso de color, luego te acostumbras y hasta te dan ganas de probarlo.

—Este es tu cuarto. Espero que te guste.

Observo el cuarto. Es bastante amplio. Tiene un armario empotrado, un escritorio muy grande, una cama que parece de matrimonio y hasta una pequeña tele para poder ver lo que quiera sin tener que compartir el salón.

—Está genial. Me encanta.

—Se te nota. Me recuerdas a mí cuando vine el primer día. Todo me parecía genial..., hasta que la realidad te golpea. Entonces todo sigue estando de puta madre, pero hacerse mayor tiene sus complicaciones. Sobre todo de las que tienen pene.

Me cuesta mucho no agrandar los ojos ante su vocabulario. Ya me dijo Debbie que Dalia era así. Que hablaba algo mal y de forma directa.

—En mi mente no entra la complicación «chicos».

—Ya, claro, hasta que veas a uno que te ponga cachonda y te des cuenta de que lo puedes traer a tu cuarto sin tener que dar explicaciones a tus padres. —Me guiña un ojo—. Bueno, he quedado para ir a tomar algo. —Saca una tarjeta de la cartera y me la tiende—. Pásate luego cuando ordenes todo, si quieres.

—Lo pensaré. Gracias.

Se marcha y entonces sí miro todo con nuevos ojos, sin miedo a parecer muy pipiola. Registro la casa entera. Miro la nevera, que no tiene nada de nada. Y eso que Dalía empezó hace una semana las clases... Da igual.

Todo me parece increíble; ni siquiera me importa que el aseo parezca una pocilga y que Dalía haya dejado todo por en medio.

Estoy sola, soy universitaria y me voy a comer el mundo.

Me suena el móvil, lo busco y veo que es Esme, mi mejor amiga.

—Dime que tu casa es tan chula como la mía —me dice nada más descolgar—. ¡Si hasta tengo cuarto propio, sin un hermano que me chinche todo el día! —Se ríe—. Lo voy a echar de menos, pero esto es demasiado increíble.

—Mi casa está genial y mi compañera de piso me ha dicho que puedo traerme a quien quiera al piso.

—Deberías, estás en dique seco desde hace años.

—Eres tan bruta como ella, creo que por eso nos llevaremos bien. —Se ríe de nuevo.

Somos de la misma edad y nos conocemos desde que nacimos, al ser nuestras madres amigas. A ella sí la voy a echar de menos. El problema es que en su universidad no tenían Arte Dramático y por eso acabé en esta. Mi padre asegura que es la mejor en este ámbito.

Estos últimos años es cuando más nos hemos unido; si antes éramos amigas, ahora somos las mejores amigas.

Suena el timbre en su piso.

—Te dejo, que el hermano de Debbie ha quedado en enseñarme todo esto.

—No sabía que lo conocías.

—No lo conozco, pero Debbie me dejó su número por si necesitaba algo y le he llamado para decirle que necesito un guía. Ya te contaré.

Sonrí por Esme. Es así, como un huracán, y con los años va a peor. Me encanta.

Escribo al grupo de familia para decirles que estoy bien:

SUMMER: Estoy instalada y todo está genial. Me encanta.

MAMÁ: Cómo me alegro, hija, recuerda tener mucho cuidado y no bebas más de la cuenta.

SUMMER: Ok.

PAPÁ: Y, si puedes, llega virgen al matrimonio. Está de moda.

SUMMER: ¡Papá!

MAMÁ: Bueno, pues usa protección, no queremos ser abuelos tan pronto, hija.

SUMMER: ¡Dios! Sois imposibles, os dejo, que he quedado.

MAMÁ: Ok, ten mucho cuidado.

PAPÁ: Evita a los hombres.

CLARA: En serio, cuando yo vaya a la universidad me olvido el móvil en casa. Sois lo peor.

Dejo de leer sus mensajes cuando mi hermana, dos años menor que yo, pone lo que yo estoy pensando. Quiero mucho a mis padres, pero necesito que confíen en mí y sobre todo que mi padre y sus amigos no miren de manera amenazadora a todos los chicos que alguna vez se me han acercado. Creo que el hecho de que Erik me hiciera aquello y jugara conmigo no ayudó.

Sé que solo tratan de cuidarme, el problema es que me asfixian.

Cojo la tarjeta que me ha dejado Dalia y me marcho hacia allí. ¡La noche es joven y por fin no tengo toque de queda!

Capítulo 2

SUMMER

Entro al *pub* que me ha dicho Dalía y no tardo en verla. Es lo bueno de que tenga el pelo de color rosa. Al verme me saluda efusiva y se acerca a mí como si fuéramos amigas de toda la vida y acabáramos de encontrarnos tras años estando separadas. Su exageración me encanta.

—¡Qué bien que estés aquí! Te voy a presentar a mis amigas y a los maromos que se nos han acercado. —Alza las cejas con coquetería—. Es la consecuencia de lucir un poco de escote, los atraes. —Se baja un poco la camisa y luego se la sube—. Y luego cierras el negocio para que no te miren solo a las tetas mientras te hablan y no piensen que eres una chica fácil.

Nos acercamos a una mesa y me presenta a sus amigas. Aída y Fara. También de su edad, aunque no comparten su afición por los tintes hirientes de ojos: la primera es rubia y la segunda, morena.

—¿Qué tal tu primer día? ¿Te gusta lo que has vis-

to? —me pregunta Fara antes de darle un trago a su cerveza.

—Está genial. —Aída se ríe.

—Qué cara de novata tienes. Vas a estudiar Arte Dramático, por lo que nos ha contado Dalia, ¿no? Te aconsejo que cambies tu mirada de inocentona.

—Déjala, todas hemos sido nuevas —me defiende Dalia—. Ya le cambiará. ¿Te traigo una cerveza?

—¡Claro!

—A ver si se va a emborrachar y nos toca cargarla hasta tu casa... —le dice Fara. En seguida sé que estas dos me van a caer muy mal.

—Aguanto muy bien el alcohol —le digo retadora.

—Eso habrá que verlo, novata. —Le sonrío y se va a la barra con Dalia a por bebida; creo que van a dejar las cervezas por hoy.

—Así que nueva... —me dice uno de los chicos que están a su lado y a los que ni siquiera me han presentado.

—Sí, lo tengo pintado en la cara. —El chico se ríe. Es muy guapo, parece de último año de carrera.

Lleva la sudadera del equipo de fútbol. El pelo es rubio y los ojos marrones. Muy guapo y, a juzgar por su sonrisa, lo sabe. Es un depredador, como diría Esme, a la que ahora mismo echo mucho más de menos. Con ella salir de fiesta era diferente. Si algo no nos gustaba, nos íbamos. Y no nos importaba desentonar mientras estuviéramos juntas.

—Si quieres, te puedo enseñar cómo es esto.

—No quiere —le dice Fara, que deja una copa delante de mí en la mesa—. Está muy verde para un hombre como tú.

—Creo que ya soy mayor para decidir eso por mí

misma —le digo cansada de que me traten como si ser nueva y más joven fuera algo malo.

—Vaya, tiene genio la niña —dice otro de sus amigos—. Me llamo Joel, y este idiota es Sabás. No le hagas caso.

Joel me parece el más simpático de todos. Tiene el pelo castaño y los ojos verdes y me fijo en que bebe agua. También lleva la chaqueta del equipo.

—No suelo hacer caso a la gente, hago siempre lo que yo quiero.

—Mejor —me sonrío Joel.

—Por cierto, no sabéis quién es su padre —dice Dalia tras dar un largo trago a su copa, y a mí la bebida se me atraganta—. Ángel, el de las noticias de las nueve.

Entonces, inevitablemente, pasa lo de siempre: dejo de ser solo Summer para ser la hija del presentador de telediarios más famoso del país.

Y después vienen las preguntas para saber más sobre mi padre. De cómo es vivir con un famoso y todas esas cosas. Para mí es solo mi padre y tal vez por eso nunca he visto a la gente que sale en la tele como superestrellas o divinidades, solo como personas normales que sufren y padecen de la misma forma que los demás.

Las preguntas no cesan entre bebida y bebida. Yo tengo un puntito, pero no estoy tan bebida como Fara, a la que se le va la lengua y se ríe sin sentido. Joel sigue a mi lado y Sabás no para de acariciar el brazo de Aída, dejando claras sus intenciones para después.

—No sé qué narices hace aquí —dice Sabás, mientras yo sigo a lo mío—. Le gusta ir de superior y dejar claro que no necesita a nadie para hacer lo que le dé la gana. No debería ser el capitán.

Ahora sí tiene toda mi atención; yo sé quién es el capitán del equipo. Erik.

Lo busco entre la gente.

—Sea como sea, cada año que pasa está más bueno —dice Fara—. Cómo me gustaría que mojara en mí su chocolatina...

Sus amigas se ríen por el juego de palabras y yo al fin lo veo. Está solo, al final de la barra, y se acaba de pedir una cerveza. Nadie lo acompaña. Nadie se le acerca y, sin embargo, casi todos lo miran, y no me extraña; si ya era guapo con diecisiete años, ahora es simplemente perfecto.

Es mucho más alto de lo que recordaba, y más corpulento. La última vez que lo vi, a causa de las drogas y de haber pasado por el hospital, estaba muy delgado y desgarbado, aunque a mí me parecía increíblemente guapo. Sí es cierto que ahora, con ese moreno de piel, lo está bastante más.

«Ha cambiado mucho», pienso cuando se vuelve y observa la sala mientras bebe su cerveza como si no necesitara a nadie. Sus ojos grises son fríos y se parecen a los de su padre, por su mirada sagaz. Aunque ahora más que nunca es un calco de Jack, su tío, cuando tenía su edad, solo que Jack siempre ha sido alegre y risueño.

Erik, por el contrario, con esa mirada entrecerrada y ese pelo negro algo largo, parece más un pirata en busca de su próximo botín, lo que hace que los que están a su alrededor lo teman a la vez que lo desean.

—Es un imbécil —dice Sabás.

—Que pase de ti no lo convierte en un imbécil —dice Joel.

—A mí me da igual lo que sea mientras me deje montarlo —dice Fara, y las demás se ríen.

Erik escruta el ambiente, pero dudo que me reconozca o que me salude al verme.

No dejo de mirarlo; por eso, cuando sus ojos se posan en los míos tras tres años sin vernos, le mantengo la mirada a la espera de saber qué hará y deseando que me reconozca.

Una parte de mí sabe que no solo vine a esta universidad porque tuvieran muy buenos profesores de Arte Dramático, sino también por él.

Por eso, cuando me saluda, sonrío como si no hubiera pasado el tiempo y siguiéramos siendo solo un par de amigos que aún nada saben de la vida ni de las complicaciones de esta.